

San Martín y la independencia sudamericana

Ricardo Dessau



SAN Martín es, sin duda, el artífice de la independencia de tres naciones —Argentina, Chile y Perú—, pero sobre todo, junto con Bolívar, el firme defensor de un proyecto finalmente frustrado: la unión del continente sudamericano en una confederación. A la luz de este grandioso proyecto, no siempre puesto de manifiesto en el caso de San Martín, por la historiografía oficial, deben ser enfocadas la multiplicidad de tendencias, partidos e intereses que chocan en el antiguo Virreinato del Río de la Plata en el momento en que el futuro Libertador desembarca por primera vez (desde su viaje a España) en el puerto de Buenos Aires, y cuyas pugnas lo acompañarán a lo largo de toda su campaña de emancipación. Esto, para que así delimitado el trasfondo histórico en el que se moverá San Martín, aparezca claramente su itinerario fundamental, así como el perfil de las fuerzas que se le oponen y el de las que le servirán de aliadas, menos homogéneas y con menor poder de gravitación.

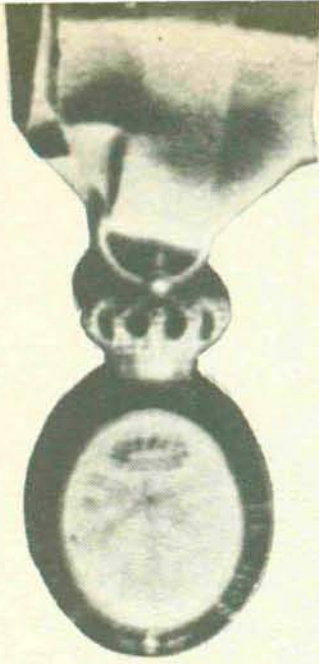


La casa donde, presuntamente, vivió San Martín en su infancia. Está ubicada en el pueblo de Pozos Dulces, en Málaga.

ESTAS fuerzas empiezan a configurarse en Buenos Aires y en las provincias al día siguiente de la Revolución del 25 de mayo de 1810. Y ya han dirimido algunas de sus más importantes querellas desde entonces hasta el 9 de marzo de 1812, día en que, a bordo de la fragata **George Canning**, llegan a Buenos Aires el teniente coronel de caballería José de San Martín, el alférez de navío José Zapiola y el alférez de carabineros reales Carlos de Alvear (los que en seguida constituirán el triángulo dirigente de la Logia Lautaro), entre otros militares americanos de destacada participación en la guerra de Independencia de España contra Napoleón.

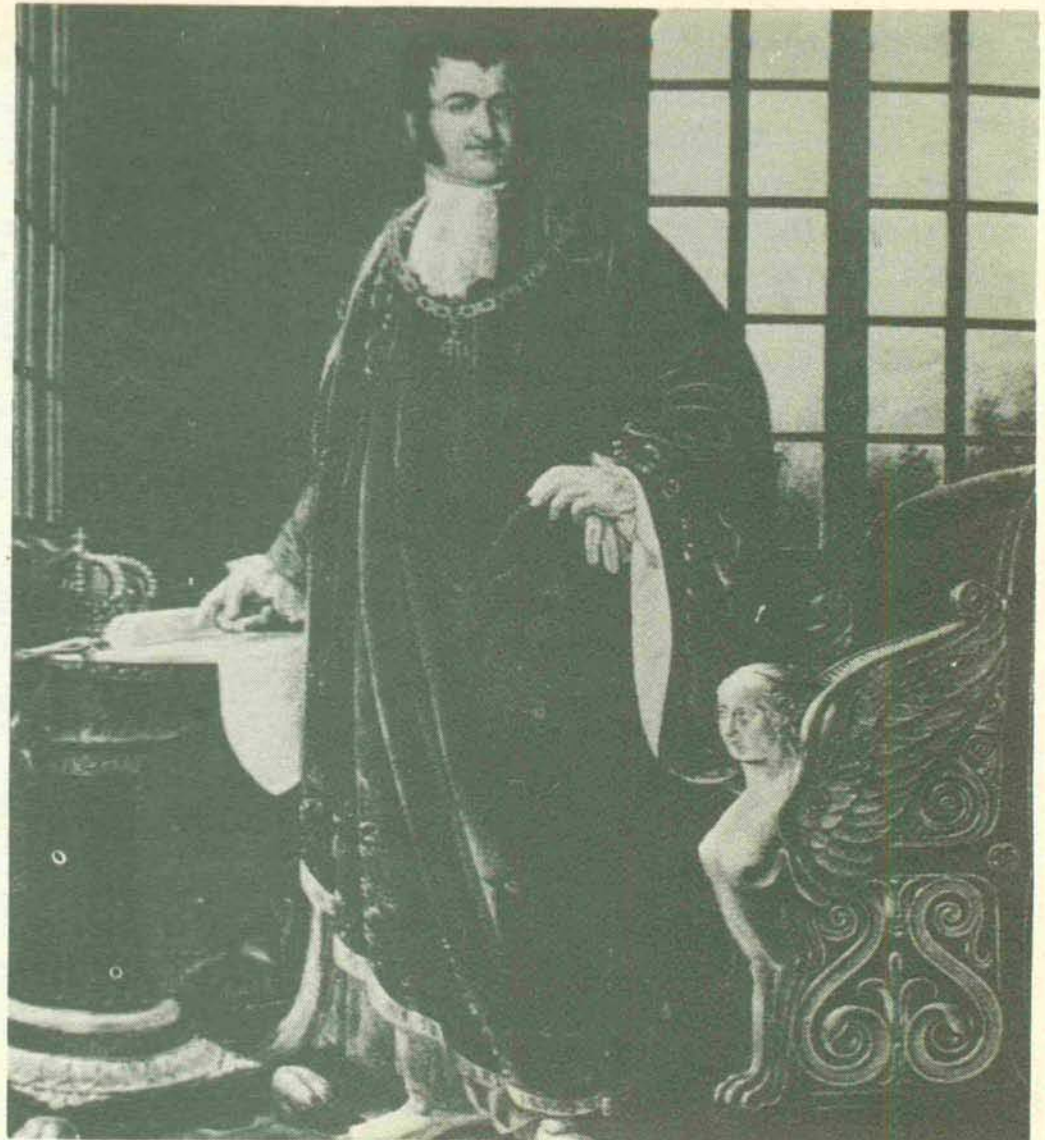
Pasados casi dos años desde la Revolución, las

líneas de acción por las que discurre fundamentalmente el proceso, se pueden reducir, en lo sustancial, a tres: 1) La del jacobinismo «morenista» (según el nombre del secretario de la Primera Junta de Gobierno, el abogado Mariano Moreno), propiciador de un independentismo a ultranza (aunque dentro de los límites del antiguo Virreinato del Río de la Plata), de la unidad nacional (dentro de esos límites y sin la hegemonía de una provincia privilegiada sobre las otras) y de una política de férreo proteccionismo frente a los intereses dominantes de la época, preferentemente británicos. 2) La del «saavedrismo» del interior (de Cornelio Saavedra, presidente de la Junta), coincidente en sus objetivos con la ante-



Antes de actuar militar y políticamente en Sudamérica, San Martín tuvo destacada actuación en la guerra de independencia de España. Durante ésta, se hizo acreedor a la condecoración que registra el grabado, por su participación en la Batalla de Ballén.

Fernando VII, bajo cuya «máscara» jurídica se llevó a cabo la Revolución de mayo de 1810. San Martín exigió reiteradas veces que se acabara con este subterfugio legal, y que las Provincias Unidas declararan de una vez por todas la independencia.



rior, pero divergente en sus tácticas y menos radical en su metodología revolucionaria, especialmente en lo referente al trato que se debía dar al enemigo español. 3) La del «liberalismo» porteñista (inspirado fundamentalmente en la ideología «ilustrada» de Bernardino Rivadavia, secretario del Primer Triunvirato de 1811-12, posteriormente ministro de Gobierno y de Guerra en el gobierno de la provincia de Buenos Aires del general Martín Rodríguez, en 1821-24, y primer presidente de la Argentina, en 1826-27), dispuesto a someter a la región a la tutela económica británica, con la consiguiente destrucción de la industria del interior; a las provincias al mando despótico de la Capital («unitarismo»), y a la causa de la emancipación americana a los intereses circunstanciales de la «oligarquía brillante y gloriosa» (*) de Buenos Aires, los cuales, en

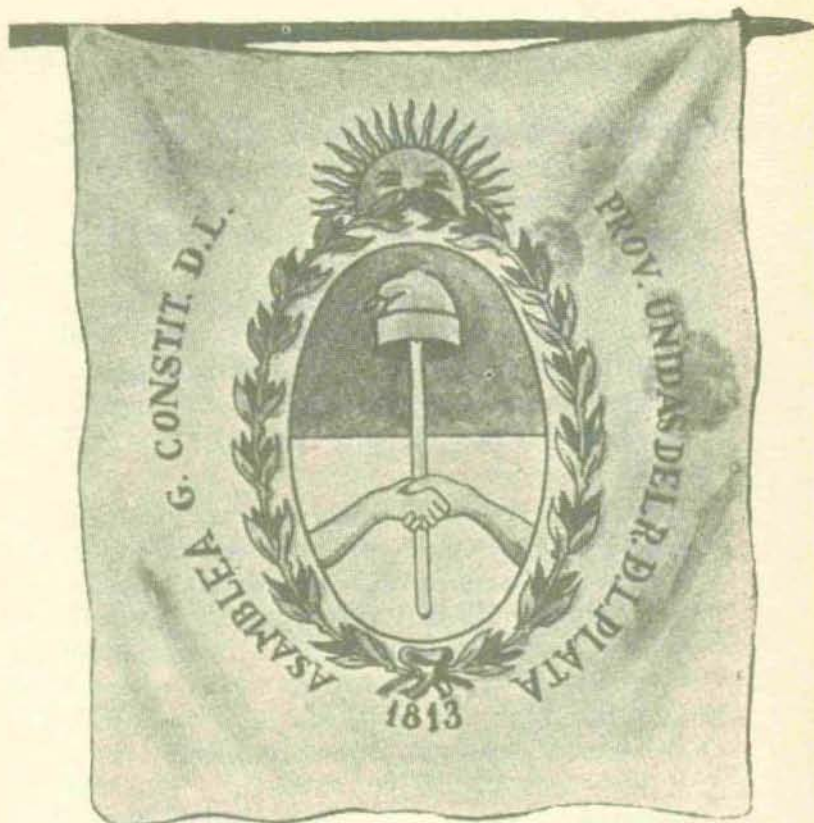
* El 12 de julio de 1816 se había presentado en el Congreso de Tucumán un proyecto para el establecimiento de una monarquía sudamericana con sede en el Cuzco (Perú). La corona reposaría sobre la cabeza de un príncipe incaico. Este proyecto contó con la entusiasta adhesión de San Martín, entre otros.

última instancia, no sólo determinarían el abandono del Ejército Libertador de San Martín a su suerte, sino incluso la amputación del territorio correspondiente al primitivo Virreinato, con la constitución como naciones independientes del Alto Perú (Bolivia), la Banda Oriental (Uruguay) y la provincia del Paraguay.

Junto a estas tendencias prevalecientes a comienzos de 1812 en el Río de la Plata, comienzan a tomar forma otras dos, la **federalista**, encarnada por los caudillos del litoral —especialmente José Gervasio Artigas, jefe natural de las montoneras de la Banda Oriental, de los pueblos mesopotámicos de Entre Ríos y Corrientes (entre los Ríos Uruguay y Paraná), de Santa Fe, también al borde del Paraná, y más tarde de la mediterránea provincia de Córdoba— y la **americanista**, cuyo máximo representante en Buenos Aires será Bernardo de Monteagudo, hombre educado en los ideales del morenismo, que superó al dotarlos de una dimensión continental, y colaborador estrecho de San Martín apenas producida la lle-

gada de éste a Buenos Aires. A su asesinato, ocurrido en misteriosas circunstancias en una calleja de Lima, en 1825, siguió el hallazgo, entre sus papeles, de un «Ensayo sobre la necesidad de una federación general de Estados Hispanoamericanos», obra que seguramente debía ser presentada al inminente Congreso Hispanoamericano de Panamá, reunido a instancias de Bolívar en junio de 1826.

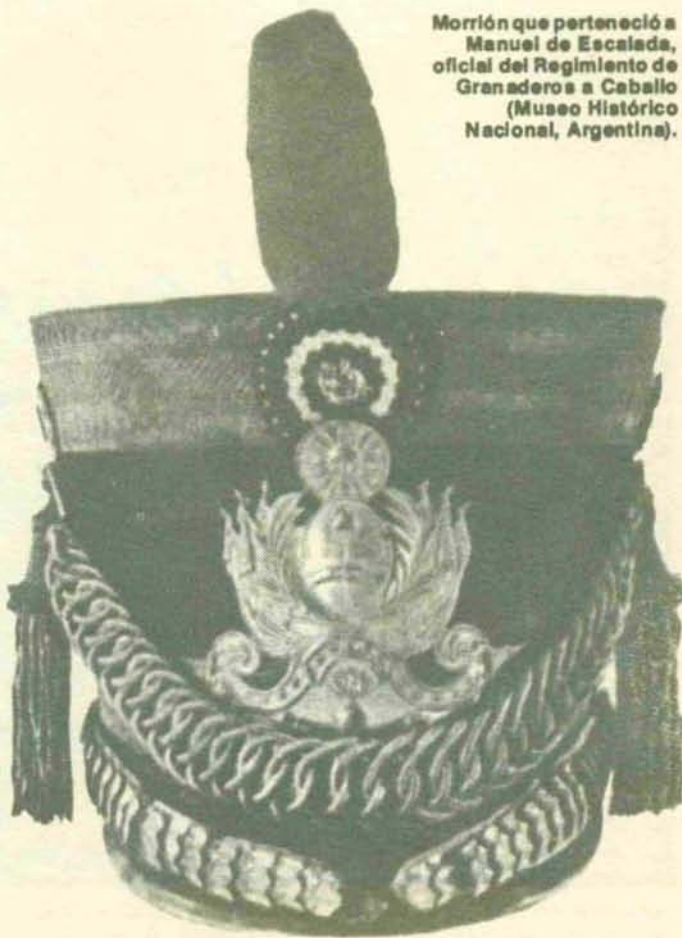
El federalismo de los caudillos del interior, más instintivo que doctrinario (Artigas es, quizás, la gran excepción), apoyado en el instinto de supervivencia de las provincias frente al avasallamiento de Buenos Aires (no sólo político, sino también económico: se trataba de percibir en exclusiva las rentas de su aduana), podía ser elástico en algunos de sus principios (y por eso, combinar, según las circunstancias, con una u otra de éstas u otras tendencias políticas existentes), pero lo que no podía de ningún modo era alinearse junto a los «liberales» porteños que, justamente, buscaban su destrucción. De hecho, el federalismo provinciano recogió las mejores tradiciones del morenismo, del saavedrismo e incluso —dentro de la lucha por reivindicar cada cual la «patria chica», la propia provincia ante los excesos de la burguesía comercial dueña del puerto— llegó a sostener valerosamente el americanismo sanmartiniano, la causa de la «patria grande», a pesar de que el mismo Libertador —por lo menos hasta 1816— había recelado de sus banderas y de sus jefes.



Escudo aprobado por la Asamblea General del año 1813, que debía declarar la independencia, y que, no obstante, por presiones de Gran Bretaña, se abstuvo de hacerlo. Aquella vendría tres años después. «Las manos enlazadas son las Provincias Unidas, que por la fuerza (la pica) sostienen la libertad (el gorro frigio) orlado de laureles (la victoria) y coronado de un sol incaico naciente (la nueva nación).



San Martín, con su uniforme de general en jefe del Regimiento de Granaderos a Caballo, creado por él, y con el que cruzó los Andes. (Litografía de P. Núñez de Ibarra).

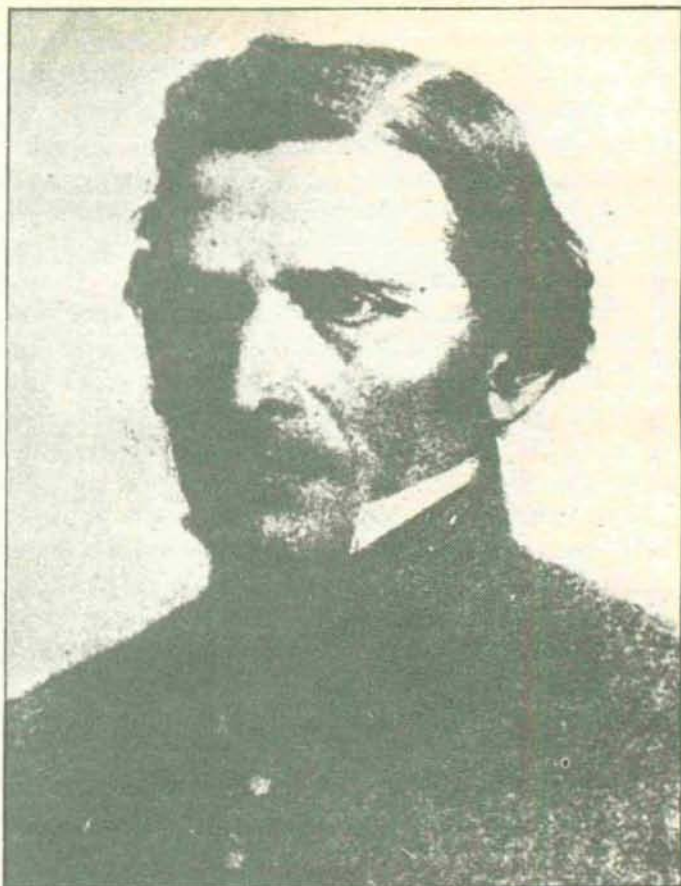


Morrión que perteneció a Manuel de Escalada, oficial del Regimiento de Granaderos a Caballo (Museo Histórico Nacional, Argentina).

1812-1822: DE BUENOS AIRES A GUAYAQUIL

Poco antes de que San Martín y los otros oficiales que integrarían la logia masónica arribaran a Buenos Aires, llegó a la ciudad Monteagudo, procedente del Alto Perú. El 13 de enero de 1812 funda la Sociedad Patriótica, que, al igual que la homónima formada por Bolívar y Miranda en Venezuela, tendría el propósito de bregar por la independencia. Esta ya había sido declarada por el Congreso General de Venezuela, con el apoyo inglés, el 5 de julio de 1811.

Monteagudo reúne en torno de la Sociedad Patriótica a los jóvenes morenistas que, tras la prematura muerte de Moreno (a principios de 1811), habían sido instrumentados por el «liberalismo» rivadaviano bajo la fachada del «progresismo» y la «ilustración», común a ambos partidos, no obstante —como queda dicho— profundamente antagónicos en su práctica y en sus objetivos esenciales. Dos meses después de su creación, la Sociedad Patriótica entra en estrecho contacto con los militares lautarinos, fruto del cual será la revolución del 8 de octubre del mismo año, que terminará con el Primer Triunvirato, manejado por Rivadavia, y que dará ocasión a la primera intervención pública de San Martín.



José Gervasio Artigas, uno de los caudillos más prominentes en la gesta independentista argentina. Comprendió la causa sudamericana de San Martín y le dio su apoyo. Finalmente, la oligarquía porteña, su enconada enemiga, lo derrotaría, obligándolo a buscar exilio en el Paraguay de Gaspar Rodríguez de Francia (carbón de Juan M. Bienes. Museo Histórico Nacional de Montevideo).



San Martín, cruzando con su ejército la Cordillera de los Andes. El paso por esta zona se había revelado como el único posible, después de los diversos traspies del Ejército del Norte, en su intento de hacerlo a través de la frontera con el Alto Perú (cuadro de P. Maggi).

Las causas de esta revolución hay que buscarlas en una triple serie de circunstancias: 1) La desastrosa política militar rivadaviana, cuyo ápice lo constituyó la orden impartida al general Belgrano —a la sazón jefe del Ejército del Norte— de no presentar batalla a los españoles y retroceder hacia el Sur. La desobediencia de Belgrano tuvo por resultado que éste obtuviera la resonante victoria de



Manuel Blanco Encalada, comandante de la escuadra que enfrentó a los españoles en el Pacífico. La acción de San Martín en Chile y Perú combinó recursos terrestres y navales, lo que le permitió un desplazamiento rápido en su campaña contra los realistas españoles.



San Martín, en una litografía clásica de Géricault. El Libertador no pudo cumplir hasta el final sus designios continentalistas por los apetitos voraces y particulares de las clases dominantes de Buenos Aires.

Tucumán (24 de septiembre), la que se conoció en Buenos Aires el 5 de octubre, sirviendo de ingrediente al descontento popular ya existente contra un gobierno militarmente ineficiente.

2) La política de ambigüedad y temor en relación a la exigencia popular (en especial de Artigas) de declarar de una vez por todas la independencia. El problema de una tal declaración se mantenía pendiente desde la Revolución de Mayo, cuyos gestores, no atreviéndose a romper amarras directamente con España, habían apelado al subterfugio jurídico de que, prisionero Fernando VII de los franceses, era forzoso que la soberanía «revirtiese» de la Corona al pueblo, como si éste, en efecto, le hubiera conferido su representación. En consecuencia, los gobiernos revolucionarios que se venían sucediendo desde el 25 de mayo de 1810, fundaban su legitimidad en el hecho de que ejercían la soberanía «a nombre del monarca español», lo que en realidad significaba que el auténtico propósito emancipatorio quedaba encubierto bajo la «máscara» —así se describió gráficamente dicha actitud— de Fernando VII. En consonancia con este temperamento —de no llamar a las cosas por su nombre—, el Triunvirato, que había autorizado a Belgrano la adopción de una escarapela para el ejército, «para que no se equivoque —de acuerdo con el argumento del

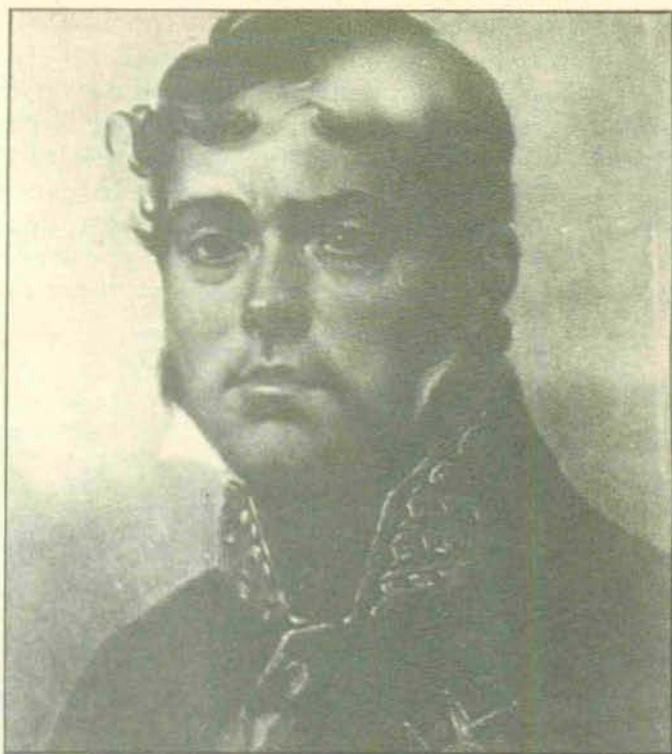


Bernardo O'Higgins, Director Supremo de Chile, y aliado de San Martín. Cuando el Libertador se negó a participar en las guerras civiles de las Provincias Unidas, decidiendo continuar su campaña allende los Andes, escribió a aquél: «Se va a descargar sobre mí una responsabilidad terrible. Pero si no se emprende la expedición al Perú, todo se lo lleva el diablo».

general— con la de nuestros enemigos», dio marcha atrás cuando éste, por propia iniciativa, incorporó los colores de esa misma escarapela a la bandera «distintiva de una nación», la que fue izada por primera vez en la villa del Rosario el 27 de febrero de 1812. «Haga pasar como un rasgo de entusiasmo el suceso de la bandera blanca y celeste enarbolada, ocultándola disimuladamente», había comunicado, demasiado tarde, Rivadavia al jefe militar, ya que éste, habiéndose hecho cargo del Ejército del Norte, en el momento de llegar el mensaje ya se encontraba en su nuevo destino, Jujuy, procediendo a izar por segunda vez la «despreciable» enseña, causante de «tamaño desorden».

3) Los sucesivos fraudes cometidos en la elección de diputados para una Asamblea Extraordinaria. Esta debería echar las bases de un futuro Congreso que, al parecer, iba a declarar la independencia. En definitiva, lo que el Triunvirato pretendía era imponer los miembros de la Asamblea a su propio gusto y discreción.

Esta última fue la causa inmediata de la Revolución. El día 8 de octubre amanecieron formados en la plaza Mayor un regimiento de infantería mandado por Francisco Ortiz de Ocampo y el de granaderos a caballo que había organizado el coronel San Martín. Ante la consulta del Cabildo a los jefes militares, éstos expresaron que su presencia tenía por objeto



Pablo Morillo, Conde de Cartagena y Marqués de la Puerta (1778-1837), desempeñó el cargo de general en jefe de las tropas realistas en América. Tras el armisticio de Trujillo, en 1820, retornó a España.

«proteger la libertad del pueblo, para que pudiese explicar libremente sus votos y sus sentimientos, dándole a conocer de este modo que no siempre están las tropas, como regularmente se piensa, para sostener los gobiernos y autorizar la tiranía. Que saben respetar los

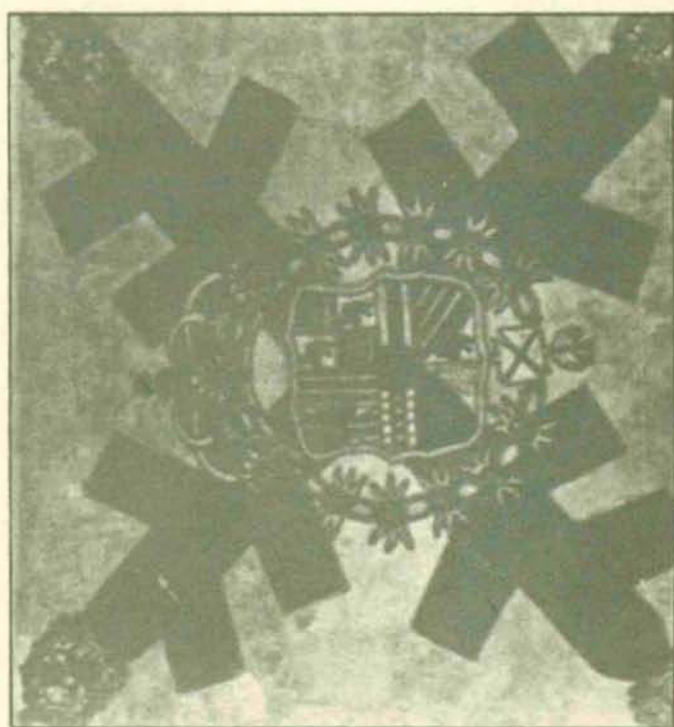
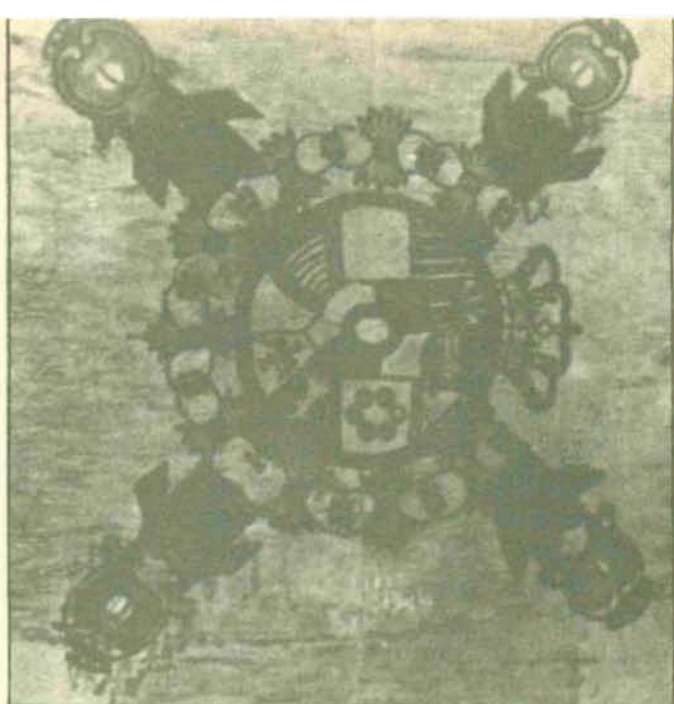


Medalla conmemorativa de la Batalla de Chacabuco (12 de febrero de 1817), homenaje de la Municipalidad de Buenos Aires. A Chacabuco seguiría Maipú (5 de abril de 1818), con lo que se lograría terminar con la dominación española en Chile.

derechos sagrados de los pueblos y proteger la justicia de éstos».

Al día siguiente de su triunfo —con la instalación de un Segundo Triunvirato, dos de cuyos miembros también lo eran de la Logia—, San Martín, sin embargo, sería derrotado. Y con él, provisoriamente, la causa independentista, a la que, de forma repentina, la mayoría de la Logia dio la espalda. Respecto de esta independencia, Gran Bretaña había mantenido serias reservas, desde el momento mismo en que se había producido el movimiento revolucionario de mayo de 1810, ya que, siendo aliada de España contra Francia, no tenía interés en la emancipación «política» de las colonias españolas. Además, el fomento a la revolución en aquellas colonias era una práctica a la que se había dedicado los ingleses con el solo objeto (como subraya el historiador José María Rosa) «de "que los pueblos americanos gozasen de la libertad de comercio", sin entrar en complicaciones y adquirir una conciencia nacional que el día de mañana podría volverse contra Inglaterra». En esta línea, era comprensible que los ingleses mantuvieran una presión permanente —en especial a través del embajador británico en Río de Janeiro, Lord Strangford— sobre los sucesivos gobiernos del Río de la Plata, en el sentido de retrasar en todo lo posible cualquier intento de declarar la independencia. Y es por la época en que el Segundo Triunvirato se hace con el poder, cuando llega a Buenos Aires un enviado de Strangford —Peter Heywood—, encargado de hacer saber al gobierno (y a la Logia) que «sólo mediante el reconocimiento de su legítimo soberano Fernando VII y contribuyendo bajo los auspicios de su nombre a los esfuerzos que se están haciendo en Europa para conservar la integridad de la monarquía española», tendría el apoyo de Gran Bretaña.

En medio de estas renovadas presiones, los lautarinos, con todo el poder en sus manos (no sólo el del Ejecutivo, sino también el de la Asamblea General que iría a reunirse a principios de 1813, y de la que se esperaba que declarase la independencia), discutieron la viabilidad o inviabilidad de las dos líneas en las que sus miembros se habían polarizado: la de la independencia incondicional (sostenida por San Martín) y la de postergación de esa independencia (Alvear), salvando esta última las apariencias mediante la propuesta de medidas tales como la aprobación de una canción patriótica, un día «cívico» (25 de mayo) y un



Banderas realistas capturadas por los ejércitos libertadores, a lo largo de su dilatada campaña por tierras de Chile y Perú.

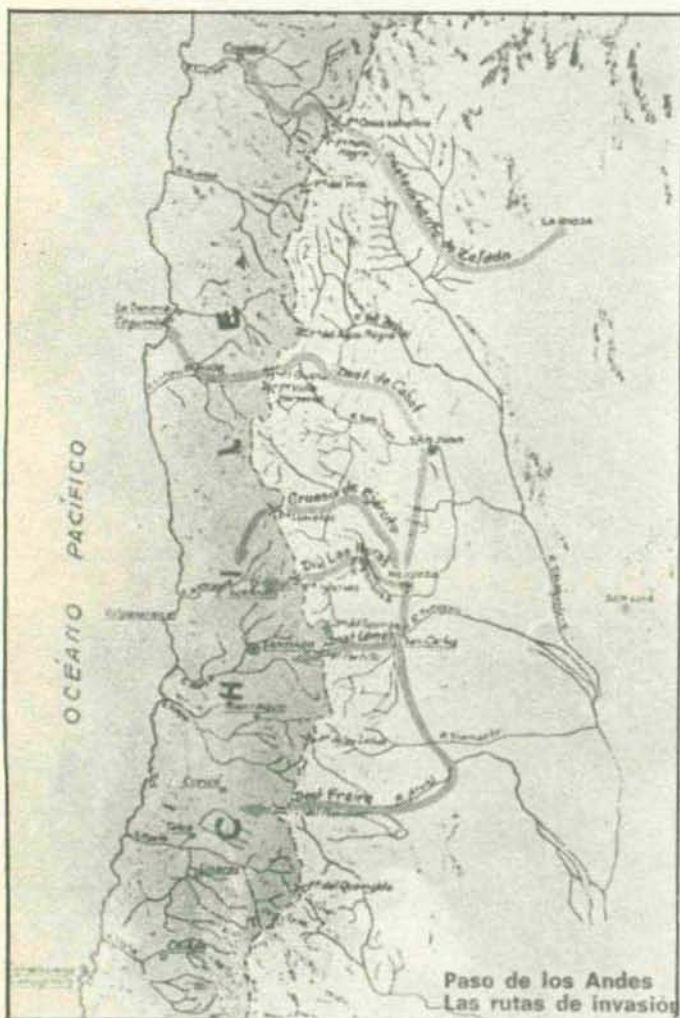
«escudo nacional», disposiciones que, efectivamente, había de adoptar la mencionada Asamblea.

Contando sólo con el apoyo de una exigua minoría (entre ellos, Zapiola) y con el voto adverso del propio Monteagudo, tras la votación adversa, San Martín decide apartarse para siempre de la actividad política (no así de la Logia, a la que, juramentado, pertenecería de por vida), dedicándose íntegramente a la carrera militar. A partir de entonces, Alvear ya no dejaría de ser su más enconado enemigo, y es así como el futuro Libertador, en abril de 1814, decide presentar su renuncia a la comandancia del Ejército del Norte o del Perú (cargo para el que había sido designado por el Segundo Triunvirato a fines de 1811, tras las derrotas de Belgrano en Vilcapugio y Ayohuma, en el Alto Perú), convencido —como señalan las «Memorias» del General Lamadrid— «de que la facción que se entronizaba en Buenos Aires (alvearista) no le era favorable y que le escasearían los recursos con que había de

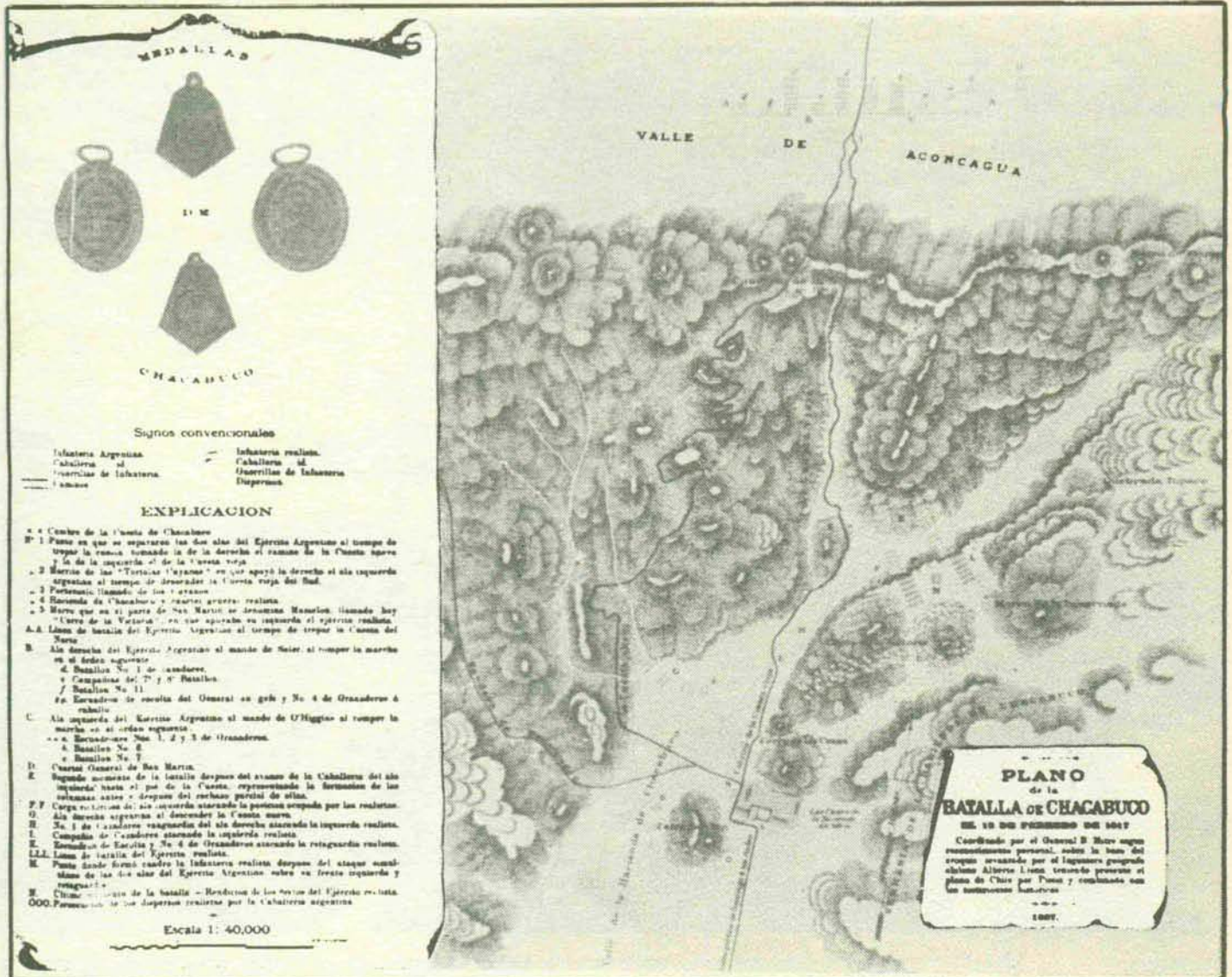
sostener al ejército, mientras que vendría a suplantarlos cuando fuese el tiempo de obrar ofensivamente, el joven general Carlos María de Alvear».

Sin embargo, la sombra de Alvear (que pronto llegaría a ser Director Supremo de las Provincias Unidas, entre el 9 de enero y el 17 de abril de 1815, cuando una división del Ejército de Buenos Aires se subleva en Fontezuelas, deponiéndolo) no podía ser motivo suficiente para que San Martín tomara la determinación de renunciar a la principal fuerza armada que entonces luchaba contra los españoles. El factor decisivo era otro, y así lo confiesa el propio San Martín en carta a Rodríguez Peña (ex-triunviro, miembro de la Logia), cuatro días antes de presentar su dimisión: «No se felicite con anticipación —dice— de lo que yo pueda hacer en ésta; no haré nada, y nada me gusta aquí. La patria no hará camino por este lado que no sea una guerra defensiva y nada más; para eso bastan los valientes gauchos de Salta (las montoneras del general Güemes) con dos escuadrones de buenos veteranos... Ya le he dicho a usted **mi secreto**: un ejército pequeño y bien disciplinado en Mendoza para pasar a Chile y acabar allí con los godos apoyando un gobierno de amigos sólidos para concluir también con la anarquía que allí reina. Aliando las fuerzas pasaremos por el mar a tomar Lima: ése es el camino y no éste».

Posteriormente, San Martín ampliará su plan. La derrota del Ejército del Norte, comandado ahora por Rondeau, en Sipe-Sipe (29 de noviembre de 1815) le demostrará cabalmente la inutilidad de insistir en la ofensiva contra el Perú por lo que en la actualidad es territorio boliviano (la Ruta del Desaguadero) y lo llevará a imaginar un empleo complementario de ese mismo ejército en relación al que tendrá a su cargo el cruce de los Andes para apoderarse de Chile y luego del Perú. Así, a mediados de 1816 (cuando San Martín —gobernador intendente de Mendoza desde agosto de 1814, por propio pedido— ya ha creado el Ejército de los Andes y Belgrano se ha hecho cargo nuevamente del Ejército del Norte) no se cansará de señalar la conveniencia de que este último se mantenga momentáneamente en inactividad, dejando a los gauchos de Güemes, apoyados en algunos regimientos de línea, la defensa de la Quebrada de Humahuaca. En la concepción estratégica de San Martín, el ejército al mando de Belgrano debería avanzar una vez conseguida la reconquista de Chile (perdido para la causa patriota tras la batalla de Rancagua, el 2 de octubre de 1814), al tiempo que el suyo propio se ponía en movimiento por mar hacia Lima. De esta manera,



Las rutas de invasión en el paso de los Andes por el general San Martín. En carta a Rodríguez Peña, tiempo antes, el Libertador había revelado su plan: «Un ejército pequeño y bien disciplinado en Mendoza para pasar a Chile y acabar allí con los godos, apoyando un gobierno de amigos sólidos para concluir también con la anarquía que allí reina. Aliando las fuerzas pasaremos por el mar a tomar Lima: ése es el camino y no éste» (el del Norte).



Chacabuco fue la primera gran victoria del Ejército Libertador. Con ella quedaba demostrada la corrección del plan sanmartiniano, que pronto estaría en condiciones de entrar en su segunda fase: la invasión del Perú.

los españoles serían tomados por un movimiento de pinzas.

En los hechos, las previsiones de San Martín se vieron conformadas cuando, a principios de 1819, el general Pezuela, virrey del Perú desde octubre de 1815, ordena la evacuación del norte argentino por sus tropas, ante el propósito del Libertador de pasar al Perú. Para ese entonces, ya había tenido lugar la decisiva batalla de Maipú (5 de abril de 1818), que terminaría con la dominación española en Chile, lanzando poco después San Martín desde Santiago una proclama a los peruanos, en la que les prometía la pronta liberación, y les adelantaba al mismo tiempo la constitución de la gran nación sudamericana, mediante la «alianza y federación perpetua» de las Provincias Unidas, Chile y Perú.

El momento era el indicado para que el plan sanmartiniano se completara a través del avance del ejército comandado por Belgrano. El Alto Perú, por primera vez, se presentaba como un territorio accesible, y no como la

fortaleza inexpugnable que había sido durante ocho años, desde el estallido de la Revolución. Sin embargo, el Ejército del Norte no se movió: estaba ocupado —como se ha dicho anteriormente— en librar una lucha a muerte contra los caudillos provinciales, en el curso de la cual, Pueyrredón, el director supremo elegido por el Congreso reunido en Tucumán en 1816, había abandonado los solemnes compromisos contraídos con San Martín, en el sentido de respaldar incondicionalmente su plan continental.

Pero no sólo esto: en su vasta ofensiva antifederal, el Director no había vacilado en ordenar a San Martín (y lo mismo haría su sucesor, Rondeau) el abandono de la campaña libertadora, para poner su ejército al servicio de los porteños. Igual actitud adoptó ante el Ejército del Norte, que, sin embargo, acabaría sublevándose en Arequito, cuando marchaba hacia Buenos Aires, en enero de 1820, poniendo fin a la supremacía de la ciudad-puerto y provo-



San Martín, contemplando el cruce de los Andes por sus tropas. El primer objetivo de la campaña libertadora era reconquistar Chile, que había sido perdido para la causa patriota el 2 de octubre de 1814, día en que tuvo lugar la batalla de Rancagua. (Oleo de Ballerini. Museo Histórico Nacional. Argentina).

San Martín combatiendo en Maipú, batalla favorable a las armas patriotas y que marcaría una etapa definitiva en el avance del Libertador hacia el Norte. Poco después, de nuevo en Mendoza, San Martín haría repasar a su ejército los Andes para emprender esta vez la expedición al Perú, negándose a empuñar las armas contra sus compatriotas.





«Son las contingencias de la guerra, nada más...», comentaría con modestia San Martín ante un diplomático norteamericano que acudía a felicitarlo tras la victoria de Maipú. En esta batalla actuaron conjuntamente las tropas de O'Higgins y del Libertador, que en el presente óleo de Subercaseaux se abrazan, al final de la contienda.



Rudecindo Alvarado. Dirigió el ala izquierda del Ejército Libertador durante la batalla de Malpú (Museo Histórico Nacional. Argentina).



El general Juan Gregorio de Las Heras, hombre de confianza de San Martín y de destacada actuación en la campaña libertadora (óleo de Gil de Castro. Museo Histórico Nacional. Argentina).

cando la fragmentación del país (harto de la dictadura unitaria) y la disolución nacional. Antes de que esto ocurriera, y como presintiendo, San Martín, que tras la campaña de Chile estaba de nuevo en Mendoza con parte de sus tropas, las hizo repasar los Andes para emprender esta vez la expedición al Perú, negándose a empuñar las armas contra sus compatriotas. En vano había intentado mediar —junto a una comisión del Gobierno chileno— entre el Directorio y los Pueblos Libres (federales) para que cesasen la guerra «por el peligro común». Pueyrredón, arrogante, rechazaría la mediación, señalando al Libertador que «lejos de necesitar padrinos, estamos en el caso de imponer la ley a la anarquía». No lo estaba, como se vería a continuación. San Martín, mientras tanto, consciente de la situación, escribía a O'Higgins, Director Supremo de Chile: «Se va a descargar sobre mí una responsabilidad terrible. Pero si no se emprede la expedición al Perú, todo se lo lleva el diablo». Y el delegado de la Logia Lautaro chilena en Buenos Aires, Zañartú, llegaría aún más lejos al interpretar los designios de los porteñistas, en una carta dirigida también a O'Higgins: «San Martín —decía— no tiene en este cónclave secuaces. Unos lo envidian, otros le temen, y ninguno lo ama. El bien lo conoce, y ha recelado que la orden de empeñarlo en una guerra con con los montoneros tiene por objeto hacerle perder su opinión».

Completamente abandonado por su país (que por entonces, sumergido por la soberbia de Buenos Aires, carecía de una autoridad nacional), el 20 de agosto de 1820 San Martín se ambarca hacia el Perú, en la costa chilena de Valparaíso. Su soledad quedará acentuada por la muerte de Belgrano, el 20 de junio de ese mismo año, una década después de que hubiese resuelto abandonar su profesión de abogado, para ponerse, improvisándose como militar, al servicio absoluto de la Revolución. Como queda dicho, Belgrano había sido una de las claves que San Martín previó en la elaboración de su plan libertador. La última —a falta de otra mejor— estaría constituida por la propia provincia de Buenos Aires, a la que el general de los Andes acude, en 1822, en busca de recursos que le permitan reconstruir el Ejército del Norte desaparecido (después de Arequito, sus tropas y sus generales se habían diseminada por el interior federal), a fin de poder culminar exitosamente la campaña del Perú.

A su capital, Lima, los argentino-chilenos habían entrado victoriosamente el 21 de julio de 1821, tras la evacuación realista dispuesta por La Serna (el virrey que había sustituido a Pe-



Campañas de San Martín y Bolívar. La fortaleza del jefe venezolano estaba dada por el apoyo político con que contaba, equiparable en su solidez a su fuerza militar. San Martín, en cambio, se encontró en los momentos decisivos huérano del respaldo político que necesitaba y que monopolizaba la oligarquía de Buenos Aires.

zuela, como consecuencia de la Revolución de Riego en España). Desde entonces, quedará planteado el gravísimo problema de la inferioridad de efectivos del Ejército Libertador, que al zarpar de Valparaíso contaba con poco más de 4.000 hombres, contra los 25.000 españoles dispersos a lo largo y ancho del territorio peruano. A la luz de la doble empresa planteada por San Martín (la de terminar con la presencia española, no sólo en el Virreinato del Perú, sino también en el territorio meridional que era su prolongación, el Alto Perú, perteneciente al antiguo Virreinato del Río de la Plata), dicha inferioridad se veía notoriamente agravada, si una expedición auxiliar (como había sido establecido en el plan original) no acudía desde el norte de las Provincias Unidas, a través de la Quebrada de Humahuaca.

Para tramitar hombres y recursos financieros, partió hacia las Provincias Unidas, en mayo de 1822, el comisionado Gutiérrez de la Fuente, quien a su paso por el interior del país recibiría la entusiasta adhesión de los caudillos. Sin embargo, no era de las provincias, empobrecidas por la guerra civil y la expoliación eco-

nómica de Buenos Aires, de donde afluiría el dinero necesario para sostener la lucha en el Perú. Tal cual escribe Gutiérrez de la Fuente a San Martín: «... el dinero para los gastos de la expedición es imposible sacarlo de ninguno de estos Pueblos y sólo sí de la capital, como V. E. mismo lo previene en sus comunicaciones».

Pero la Capital, con Rivadavia ocupando nuevamente un cargo oficial (ministro de Guerra, para desdicha de San Martín) dará otra vez la espalda a la causa de la emancipación sudamericana, negándose a extraer siquiera un peso de sus abultadas arcas, y tratando con descortesía insultante al enviado del Libertador. De este modo, se desbarataba el plan del Ejército Auxiliar, se ponía en jaque a San Martín en el Perú y se construía el marco adecuado para que Sucre, el victorioso mariscal de Ayacucho, una vez desaparecido el general argentino de la escena, entrara años después en el Alto Perú y fundara la República Bolívar (después Bolivia), segregándola de las Provincias Unidas.

No obstante, Rivadavia podía estar orgulloso: con el dinero negado a San Martín mandaría realizar obras públicas que admirarían a los europeos de la época y mantendrían bien alto el honor de los porteños, y hasta se permitiría hacer aprobar por la Cámara de Representantes de Buenos Aires un préstamo de veinte millones de pesos en beneficio del gobierno liberal español, para contribuir a su defensa ante la inminente invasión de los Cien Mil Hijos de San Luis...

Como escribió el propio San Martín a O'Higgins, en 1829: «... a usted le consta los inmensos males que estos hombres (Rivadavia y sus satélites), con su conducta infernal han hecho, no sólo a este país, sino al resto de América».



Una de las tantas caricaturas de la época, en que se satiriza a los personajes que entonces dominaban la escena política y militar sudamericana. En ella puede verse, aparte de San Martín y O'Higgins, al general Pueyrredón, que, como gobernador de la opulenta Buenos Aires, negó el apoyo de la provincia al plan emancipatorio del Libertador.

GUAYAQUIL: EL PACTO DE SAN MARTÍN Y BOLÍVAR

El Libertador, que desde el 3 de agosto de 1821 ostentaba el título de Protector del Perú, al conocer por diversos oficios los resultados negativos de la misión Gutiérrez de la Fuente, delega el mando en Monteagudo —quien lo había acompañado desde el inicio de la campaña— y se embarca con destino a Guayaquil (hoy territorio del Ecuador), para entrevistarse con Bolívar. Días antes, el 6 de julio de 1822, el mismo Monteagudo había estampado su firma en un Tratado de Amistad y Unión Perpetua entre Perú y Colombia (la gran República Bolivariana) del que había sido, también, propulsor y gestor.

Los dos Libertadores, a lo largo de las tres entrevistas que mantuvieron durante los días 26 y 27 de julio, trataron (según Pérez Amuchástegui) «asuntos de incendiaria urgencia, como los proyectos de confederación, ya iniciados con la firma del Tratado del 6 de julio, las formas más convenientes de gobierno (San Martín y su partido, el "peruanista", propiciaban una monarquía temperada; Bolívar, una República dictatorial) (1) y la situación política y económica del Perú», entre otras cuestiones de capital importancia para los territorios que habían salido, o estaban a punto de salir, del yugo colonial. En este temario estaban implicados, específicamente, los si-



Simón Bolívar (Museo Histórico Nacional, Argentina), el otro héroe de la independencia sudamericana que, lejos de enfrentarse con San Martín, como lo quiere la historiografía oficial, tanto argentina como venezolana, complementó—y completó—la gesta del militar argentino.

guientes puntos: 1) Situación de Guayaquil (zona bajo el dominio militar de Bolívar), cuyos habitantes se inclinaban hacia la formación de una república independiente, o bien hacia la incorporación al Perú; 2) El auxilio que Bolívar podía prestar a San Martín, ya que el general venezolano contaba con dos elementos de los que ostensiblemente carecía el Protector del Perú: a) apoyo político total de su país, y b) poderío militar, emanado de ese mismo apoyo; 3) Unión de Sudamérica en una gigantesca confederación.

Este último punto era el esencial. Y es, a la vez, el que sistemáticamente ha sido escamoteado por la historiografía oficial (tanto argentina como venezolana), que sólo ha querido ver, como motivación central de la entrevista de Guayaquil, el pedido de ayuda de San Martín a Bolívar, y como causa de la posterior renuncia del primero (en el caso de los historiadores argentinos) las reticencias de Bolívar para suministrarle un apoyo efectivo. Si bien esto último (las reservas de Bolívar) es parcialmente cierto (como también lo es que San Martín se ofreció a servir a las órdenes del Libertador de Colombia, y que el encuentro de Guayaquil llevó a aquél a la convicción de que los dos «no cabían en el Perú»), no constituyó en modo alguno el factor desencadenante de la renuncia sanmartiniana.

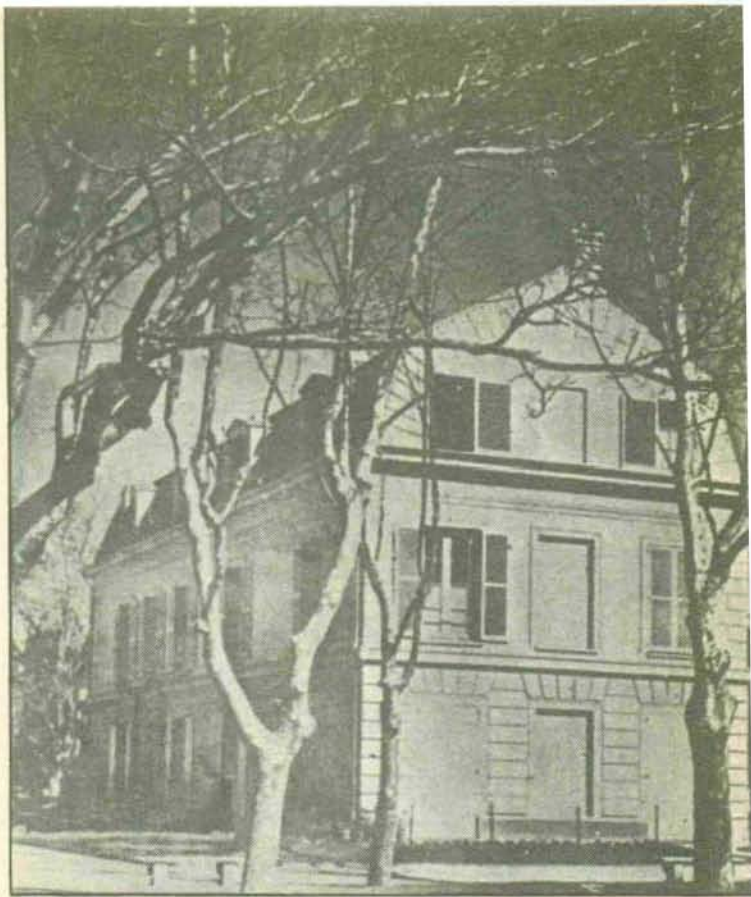
En realidad, San Martín sabía que los «peruanistas» (los hombres que habían luchado



San Martín, en 1828 (autor anónimo).

hombro a hombro junto con él en contra de la dominación española en el Perú) no aceptarían jamás un proyecto de confederación sudamericana en la que se perdería, para el país, una hegemonía que sólo su programa monárquico les aseguraba. Esta circunstancia debía llevar al Protector del Perú, o bien a aniquilar a sus propios partidarios, a quienes le oponía su propio programa de unidad continental, o bien a dejar la vía libre a Bolívar, opuesto doblemente a los «peruanistas», en virtud de dicho programa y de su ideal republicano, para que fuese éste el encargado de llevar adelante esa tarea de aniquilación. Esta última alternativa exigía la desaparición de San Martín del escenario político sudamericano.

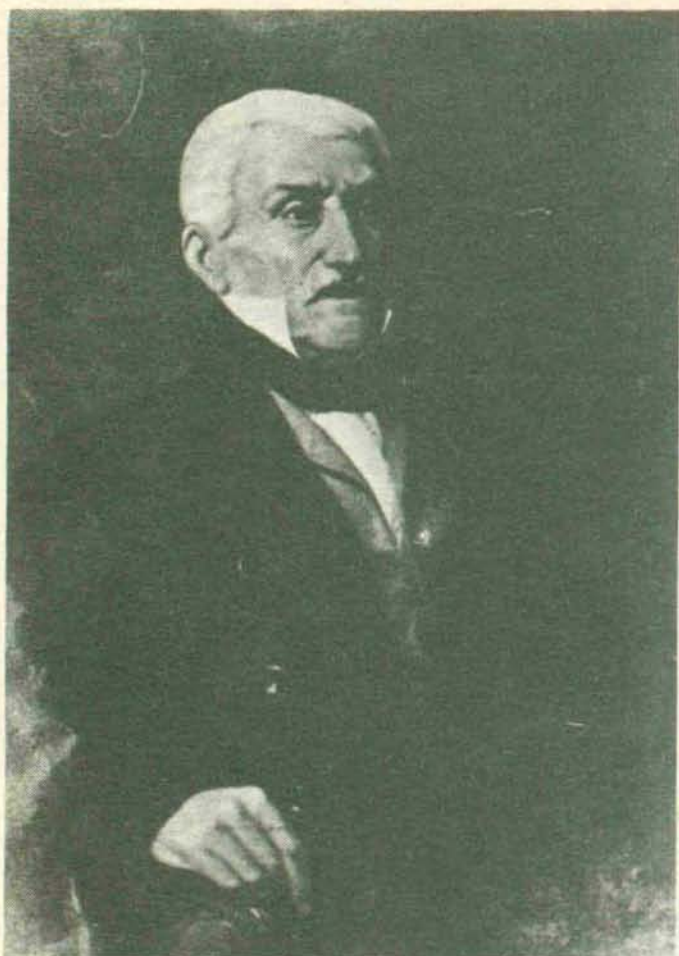
San Martín, efectivamente, eligió desaparecer, depositando en Bolívar la responsabilidad de completar la labor incumplida. «El (como señala Amuchástegui) no estaba dispuesto a emplear mano de hierro contra sus propios paisanos; su temperamento y sus principios se lo vedaban. Bolívar, en cambio, mucho más político y por tanto más realista y más frío, sí estaba dispuesto a hacerlo y, además, era capaz de hacerlo. La permanencia de



San Martín vivió en Grand Bourg, Francia, hasta 1848. La adquisición de la casa (cuya réplica, que aparece en el grabado, se levanta en un parque de Buenos Aires) le fue facilitada por Alejandro Agudo, banquero que había sido compañero de armas del Libertador en España.



Inauguración del monumento a San Martín (1909) en Boulogne Sur Mer, donde murió el 17 de agosto de 1850. Granaderos y dragones franceses rinden homenaje.



San Martín en su vejez (óleo pintado por su hija Mercedes). En 1844 —seis años antes de morir—, el Libertador había redactado ya su testamento, en el que, entre otras cláusulas, figura aquélla en la que expresa su deseo de que su corazón fuese depositado en Buenos Aires.

San Martín era incompatible con la ejecución de este programa, ya que podía rematar todo en una oposición formal de los dos libertadores en cuanto a los medios para alcanzar el fin».

La siguiente carta de Bolívar a Sucre, fechada en Lima el 21 de febrero de 1825, un año después de la victoria de éste en Ayacucho y pasados casi tres años de la entrevista de Guayaquil y uno del posterior exilio de San Martín, ilustra claramente sobre el carácter de ambos libertadores, y confirma indirectamente (entre decenas de pruebas más directas, de compleja exposición aquí) la hipótesis acerca de la verdadera causa del renunciamiento sanmartiniano: «Usted tiene —dice Bolívar a Sucre— una moderación muy rara. No quiere ejercer la autoridad de general, cual le corresponde, ejerciendo de hecho el mando del país que sus

tropas ocupan (Bolivia), y quiere, sin embargo, decidir una operación que es legislativa. Yo sentiría mucho que la comparación fuese odiosa; pero se parece a lo de San Martín en el Perú. Le parecía muy fuerte la autoridad de general Libertador, y, por lo mismo, se metió a dar su estatuto provisorio, para lo cual no tenía autoridad. Le diré a usted, con la franqueza que usted debe perdonarme, que usted tiene la manía de la delicadeza, y que esta manía le ha de perjudicar a usted como en el Callao. Entonces quedaron todos disgustados con usted, por delicado, y ahora va a suceder lo mismo».

Lo de la «comparación odiosa», por otra parte, no debe asombrar. Estaba claro, en el acuerdo San Martín-Bolívar, que este último, al adjudicarse la tarea de terminar con los seguidores de San Martín —el partido «localista» peruano, opuesto al «continentalismo» de ambos libertadores—, debía embarcarse simultáneamente en la empresa de desprestigio ideológico del grupo al que debía destruir, incluido su líder, el general argentino. Así lo hizo, y muchos otros documentos, aparte del citado, lo atestiguan, encontrando invariablemente, por toda respuesta de San Martín, el más cerrado silencio (y también el más enigmático, si se lo despoja de este contexto interpretativo). Debe tenerse en cuenta, al respecto, que el militar de los Andes siempre respondió, y del modo más enérgico, a todos sus detractores, quienes quiera que éstos fuesen (y los hubo de todo color) y en cualquier etapa de su vida.

Este silencio de San Martín ante Bolívar, y el de ambos en relación a lo que se discutió verdaderamente en Guayaquil, tuvo como primera consecuencia echar un velo de sombra sobre las intenciones americanistas del primero, quedando reservadas dichas intenciones exclusivamente a Bolívar. (Hubo otra consecuencia: el mito de la «grandeza» sanmartiniana —por la renuncia a la gloria de terminar la empresa de liberación y verse coronado con el título de «Libertador del Perú», título que, en cambio, recibió Bolívar—, correspondido simétricamente por el de la «ambición» del general venezolano, sin querer verse que sobre este último recayó la responsabilidad de terminar una campaña (y de iniciar una repre-

Otra cláusula del testamento de San Martín establecía que su sable corvo de Libertador debía ser entregado al general Juan Manuel de Rosas (gobernador de Buenos Aires, y una de las figuras más polémicas de la historia argentina), «por la firmeza con que aquel general —dice textualmente el documento— sostuvo el honor de la República contra las injustas pretensiones de los extranjeros que trataban de humillarla».

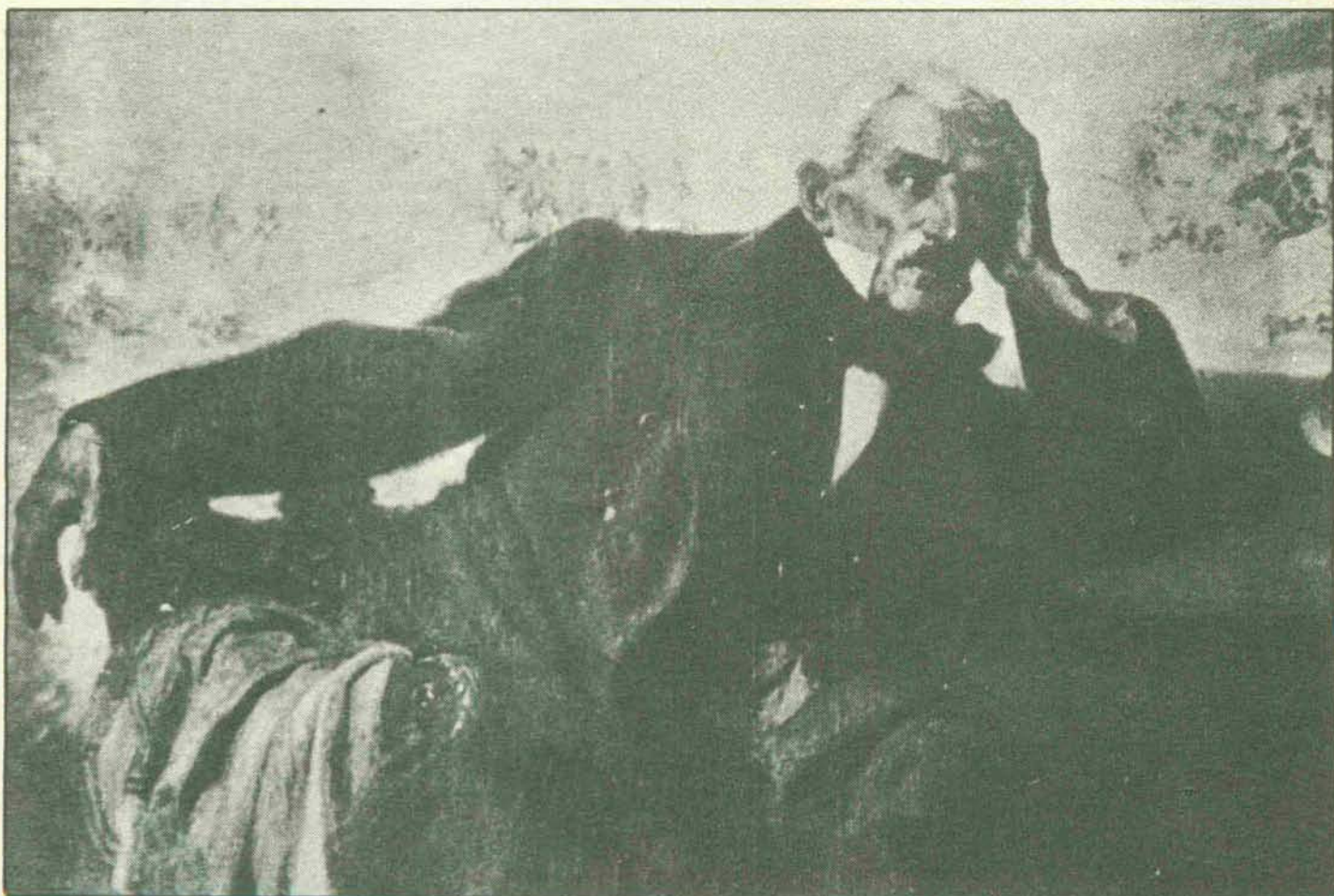
sión) cuyo éxito de ninguna manera estaba asegurado. Desde este punto de vista, la «grandeza» de San Martín habría sido, sencillamente, «prudencia».)

Los proyectos continentales de Bolívar eran conocidos desde el 6 de octubre de 1815, cuando, desde su destierro en Kingston (Jamaica) firma la «Contestación de un americano meridional a un caballero de esta isla», donde plantea la necesidad de unión americana, respetando al mismo tiempo las modalidades regionales. Los de San Martín tomaron cuerpo aproximadamente por la misma fecha, cuando, bajo la presión de la Logia Lautaro en general, y la suya propia en particular, se reúne un Congreso en Tucumán que, convocado en nombre de las Provincias Unidas del Río de la Plata, el 9 de julio de 1816 declarará la independencia de las **Provincias Unidas en Sudamérica**, transformando significativamente aquella designación. De este Congreso, además, saldrá la proclamación de Santa Rosa de Lima como **Patrona de la América del Sur** y el reconocimiento de la bandera celeste y blanca (argentina) como estandarte menor de la nación sudamericana. Y de él recibirá San Martín, antes de iniciar el cruce de los

Andes (19 de enero de 1817) y empezar su campaña sudamericana, un conjunto de instrucciones, una de las cuales, la número 14, establecía el envío de diputados al Congreso por parte de los países liberados, «a fin de que se constituya una forma de gobierno general, que de toda la América unida en identidad de causa, intereses y objeto, constituya una sola nación».

El posterior predominio de la facción «localista» porteña, la misma que negó apoyo económico y militar al Libertador, encarnada en Rivadavia (y antes en Pueyrredón, el director supremo durante la época del Congreso, que si bien estaba vinculado a la Logia también lo estaba a los rivadavianos), acabaría por destruir la obra de Tucumán, retornando a la antigua denominación de Provincias Unidas del Río de la Plata, y realizando, en los hechos, la política de contracción y aislamiento a que apunta dicha denominación.

A esa política, pusilánime y egoísta, se opuso siempre San Martín. Aquí hay que buscar su verdadera «grandeza» y no en fervores «nacionalistas» que exigen, para aumentar sus dimensiones, disminuir las de su «rival». ■
R. D.



San Martín, poco antes de morir (óleo de Luis de Cervi). «Contodas sus deficiencias — escribe de él el historiador Bartomé Mitre —, es el hombre de acción deliberada y trascendental más bien equilibrada que haya producido la revolución sudamericana. Fiel a la máxima que regió su vida, fue lo que debía ser, y antes que ser lo que no debía, prefirió no ser nada. Por eso vivirá en la Inmortalidad».